

# CRISTO TRIUNFANTE

## Volumen 1 – Sermón No. 273

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO  
4 DE SEPTIEMBRE DE 1859,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“y despojando a los principados y a las potestades,  
los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”  
Colosenses 2:15***

Para el ojo de la razón la cruz es el centro del dolor y el fondo más bajo de la vergüenza. Jesús muere como un malhechor. Cuelga en la horca de un delincuente y derrama su sangre en el monte común de la perdición con ladrones como compañeros. En medio de la burla, la mofa, el escarnio, la procacidad y la blasfemia, Él abandona el espíritu. La tierra lo rechaza y lo levanta de su superficie, y el cielo no le proporciona ninguna luz, sino que oscurece el sol del mediodía en la hora de su extremidad.

Más profundo en la aflicción que el Salvador se sumergió, la imaginación no puede descender. Una calumnia más negra que la lanzada sobre Él, la malicia satánica misma no podría inventar. No escondió su rostro de la vergüenza y los escupitajos, ¡y qué vergüenza y escupitajos! Para el mundo, la cruz ha de ser siempre el emblema de la vergüenza, para el judío una piedra de tropiezo, y para el griego una necesidad.

Sin embargo, qué diferente es la visión que se presenta a los ojos de la fe. La fe no conoce la vergüenza en la cruz, excepto la vergüenza de los que clavaron allí al Salvador, no ve motivo de desprecio, sino que lanza un indignado desprecio al pecado, el enemigo que traspasó al Señor. La fe ve la aflicción, ciertamente, pero de esta aflicción marca una fuente de misericordia que brota. Es cierto que llora a un Salvador moribundo, pero lo contempla sacando a la luz la vida y la inmortalidad en el mismo momento en que su alma se eclipsó en la sombra de la muerte. La fe considera la cruz, no como el emblema de la vergüenza, sino como la muestra de la gloria.

Los hijos de Belial ponen la cruz en el polvo, pero el cristiano hace una constelación de ella, y la ve brillar en el séptimo cielo. Los hombres escupen sobre ella, pero los creyentes, teniendo a los ángeles como compañeros, se inclinan y adoran a Aquel que siempre vive, aunque una vez fue crucificado.

Hermanos míos, nuestro texto nos presenta una parte de la visión que la fe está segura de descubrir cuando sus ojos están ungidos con el colirio del Espíritu. Nos dice que la cruz fue el campo de triunfo de Jesucristo. Allí luchó y allí venció también. Como vencedor en la cruz, repartió el botín. Más aún, en nuestro texto se habla de la cruz como el carro triunfal de Cristo en el que cabalgó cuando llevó cautiva a la cautividad y recibió regalos para los hombres.

Calvino expone así admirablemente la última frase de nuestro texto: "La expresión en el griego permite, es cierto, nuestra lectura en sí misma, la conexión del pasaje, sin embargo, requiere que lo leamos de otra manera, pues lo que sería escaso aplicado a Cristo, se adapta admirablemente bien aplicado a la cruz. Porque, así como antes había comparado la cruz con un trofeo o espectáculo de triunfo, en el que Cristo conducía a sus enemigos, ahora también la compara con un carro triunfal en el que se mostraba con gran magnificencia. Porque no hay tribunal tan magnífico, ni trono tan majestuoso, ni espectáculo de triunfo tan distinguido, ni carro tan elevado, como el patíbulo en el que Cristo ha sometido a la muerte y al diablo, al príncipe de la muerte, es más, los ha pisoteado por completo".

Esta mañana, con la ayuda de Dios, me dirigiré a ustedes sobre las dos porciones del texto. En primer lugar, me esforzaré por escribir a Cristo despojando a Sus enemigos en la cruz, y una vez hecho esto, llevaré a su imaginación y a su fe a ver al Salvador en procesión triunfal sobre Su cruz, llevando a Sus enemigos cautivos, y haciendo un espectáculo de ellos abiertamente ante los ojos del universo asombrado.

I. En primer lugar, nuestra fe es invitada esta mañana a contemplar a ***Cristo haciendo un despojo de principados y potestades.***

Satán, aliado con el pecado y la muerte, había hecho de este mundo el hogar de la desdicha. El príncipe de la potestad del aire, cayó usurpador, no contento con sus dominios en el infierno, debía invadir necesariamente esta hermosa tierra. Encontró a nuestros primeros padres en medio del Edén, los tentó a renunciar a su lealtad al Rey del cielo, y se convirtieron de inmediato en sus esclavos, esclavos para siempre, si el Señor del cielo no se hubiera interpuesto para rescatarlos.

La voz de la misericordia se oyó mientras los grilletes eran remachados en sus pies, gritando: "¡Todavía seréis libres!" En la plenitud de los tiempos vendrá uno que herirá la cabeza de la serpiente, y liberará a sus prisioneros de la casa de su esclavitud". La promesa tardó mucho en cumplirse. La tierra gimió y se afanó en su esclavitud. El hombre era esclavo de Satanás, y pesadas eran las cadenas que chirriaban sobre su alma.

Por fin, en la plenitud de los tiempos, surgió el Libertador, nacido de una mujer. Este niño conquistador no tenía más que un palmo de longitud. Yacía en el pesebre, aquel que un día

iba a atar al viejo dragón y arrojarlo al pozo sin fondo, y ponerle un sello. Cuando la vieja serpiente supo que había nacido su enemigo, conspiró para darle muerte, se alió con Herodes para buscar al niño para destruirlo. Pero la providencia de Dios preservó al futuro conquistador, bajó a Egipto, y allí se ocultó por un tiempo. Luego, cuando llegó a la plenitud de los años, hizo su aparición pública y comenzó a predicar la libertad a los cautivos, y la apertura de la cárcel a los que estaban atados.

Entonces Satanás volvió a lanzar sus flechas y trató de poner fin a la existencia de la simiente de la mujer. Por diferentes medios trató de matarlo antes de tiempo. Una vez los judíos tomaron piedras para apedrearlo, y no dejaron de repetir el intento. Trataron de arrojarlo de cabeza desde la cima de una colina. Con toda clase de artimañas se esforzaron por quitarle la vida, pero aún no había llegado su hora. Los peligros podían rodearle, pero Él era invulnerable hasta que llegara el momento.

Por fin llegó el tremendo día. Pie a pie el conquistador debía luchar con el temible tirano. Se oyó una voz en el cielo: "Esta es su hora, y el poder de las tinieblas". Y el mismo Cristo exclamó: "Ahora es la crisis de este mundo; ahora debe ser expulsado el príncipe de las tinieblas".

De la mesa de la comunión se levantó el Redentor a medianoche, y marchó a la batalla. ¡Qué terrible fue la contienda! En el primer ataque, el poderoso conquistador pareció ser vencido. Derribado en el suelo al primer asalto, cayó de rodillas y clamó: "Padre mío, si es posible que pase de mí esta copa". Reanimado, fortalecido por el cielo, ya no se acobardó, y desde ese momento no pronunció una palabra que pareciera renunciar a la lucha.

Desde la terrible batalla, todo rojo de sudor sangriento, se lanzó a la espesura de la batalla. El beso de Judas fue, por así decirlo, el primer toque de trompeta, la barra de Pilato fue el brillo de la lanza, el cruel latigazo fue el cruce de las espadas. Pero la cruz era el centro de la batalla, allí, en la cima del Calvario, debía librarse la temible lucha de la eternidad. Ahora debe levantarse el Hijo de Dios y ceñir su espada sobre su muslo. Una terrible derrota o una gloriosa conquista esperaban al Campeón de la iglesia.

¿Cuál será? Aguantamos la respiración con ansioso suspense mientras la tormenta arrecia. Oigo el sonido de la trompeta. Los aullidos y gritos del infierno se elevan en un clamor espantoso. La fosa está vaciando sus legiones. Terribles como leones, hambrientos como lobos y negros como la noche, los demonios se precipitan en miríadas. Las fuerzas reservadas de Satanás, las que durante mucho tiempo se habían guardado de este día de terrible batalla, salen rugiendo de sus guaridas.

Ved qué innumerables son sus ejércitos y qué feroz es su rostro. Blandiendo su espada, el archienemigo encabeza la furgoneta, ordenando a sus seguidores que no luchen ni con

pequeños ni con grandes, sino sólo con el Rey de Israel.

Terribles son los líderes de la batalla. El pecado está allí, y todos sus innumerables vástagos, escupiendo el veneno de los áspides, y hundiendo sus colmillos venenosos en la carne del Salvador. La muerte está allí sobre su pálido caballo, y sus crueles dardos se abren paso a través del cuerpo de Jesús hasta su más íntimo corazón. Está "muy triste, hasta la muerte". Viene el infierno, con todos sus carbones de enebro y sus dardos de fuego. Pero el jefe y la cabeza entre ellos es Satanás, recordando bien el antiguo día en que Cristo lo arrojó desde las almenas del cielo, se precipita con toda su malicia gritando al ataque.

Los dardos lanzados al aire son tan innumerables que ciegan el sol. La oscuridad cubre el campo de batalla, y al igual que la de Egipto era una oscuridad que se podía sentir. Durante mucho tiempo la batalla parece flaquear, pues no hay más que uno contra muchos. Un solo hombre, para que nadie me malinterprete, un solo Dios está en pie de guerra contra diez mil principados y potestades. Vienen, vienen, y Él los recibe a todos.

Al principio, en silencio, permite que sus filas se abatan sobre Él, soportando demasiado la dureza como para ahorrar un pensamiento para gritar. Pero por fin se oye el grito de guerra. El que está luchando por Su pueblo comienza a gritar, pero es un grito que hace temblar a la iglesia. Él grita: "Tengo sed". La batalla está tan caliente sobre Él, y el polvo es tan espeso que está ahogado por la sed. Grita: "Tengo sed".

Seguramente ahora está a punto de ser derrotado. Esperad un poco, mirad los montones, todos ellos han caído bajo su brazo, y por lo demás, no temáis la cuestión. El enemigo no hace más que precipitarse a su propia destrucción. En vano su furia y su rabia, pues ved que la última fila está cargando, la batalla de los siglos casi ha terminado.

Por fin la oscuridad se dispersa. Escuchad cómo grita el Conquistador. "Está terminado". ¿Y dónde están ahora sus enemigos? Están todos muertos. Allí yace el rey de los terrores, atravesado por uno de sus propios dardos. Allí yace Satanás con su cabeza sangrando, rota. Allí se arrastra la serpiente de espalda rota, retorciéndose en una espantosa miseria. En cuanto al pecado, está cortado en pedazos y esparcido a los vientos del cielo. "Está acabado", clama el Conquistador, mientras viene con las vestiduras teñidas desde Bosra, "he pisado el lagar solo, los he pisoteado en mi furia, y su sangre está salpicada en mis vestiduras".

Y ahora procede a repartir el botín.

Nos detenemos aquí para señalar que cuando el botín se divide es una señal segura de que la batalla está completamente ganada. El enemigo nunca permitirá que el botín sea dividido entre los conquistadores mientras le queden fuerzas. Podemos deducir de nuestro texto, con toda seguridad, que Jesucristo ha derrotado totalmente, ha vencido completamente

de una vez por todas, y ha puesto en retirada a todos Sus enemigos, o de lo contrario no habría dividido el botín.

Y ahora, ¿qué significa esta expresión de que Cristo dividió el botín? Considero que significa, en primer lugar, que desarmó a todos sus enemigos. Satanás vino contra Cristo, tenía en su mano una espada afilada llamada la ley, sumergida en el veneno del pecado, de modo que cada herida que la ley infligía era mortal. Cristo arrancó esta espada de la mano de Satanás, y el príncipe de las tinieblas quedó desarmado. Su casco fue partido en dos, y su cabeza fue aplastada como con una vara de hierro.

La muerte se levantó contra Cristo. El Salvador le arrebató su carcaj, vació todos sus dardos, los cortó en dos, le devolvió a la muerte el extremo de la pluma, pero le guardó las púas envenenadas, para que nunca pudiera destruir a los rescatados. El pecado vino contra Cristo, pero el pecado fue totalmente cortado en pedazos. Había sido el portador de la armadura de Satanás, pero su escudo fue desechado, y yacía muerto en la llanura.

¿No es un cuadro noble contemplar a todos los enemigos de Cristo, más aún, hermanos míos, a todos sus enemigos y a los míos, totalmente desarmados? A Satanás ya no le queda nada con lo que pueda atacarnos. Puede intentar herirnos, pero nunca podrá hacerlo, pues su espada y su lanza han sido eliminadas por completo.

En las antiguas batallas, especialmente entre los romanos, después de que el enemigo había sido vencido, se acostumbraba a quitarles todas sus armas y municiones, después se les despojaba de su armadura y de sus vestidos, se les ataban las manos a la espalda y se les hacía pasar bajo el yugo. Ahora bien, lo mismo ha hecho Cristo con el pecado, la muerte y el infierno, les ha quitado su armadura, les ha despojado de todas sus armas y les ha hecho pasar a todos bajo el yugo, de modo que ahora son nuestros esclavos, y nosotros en Cristo somos vencedores de los que eran más poderosos que nosotros.

Entiendo que este es el primer significado de dividir el botín: desarmar totalmente al adversario.

A continuación, cuando los vencedores se reparten el botín, se llevan no sólo las armas, sino todos los tesoros que pertenecen a sus enemigos. Desmantelan sus fortalezas y desvalijan todos sus almacenes, para que en el futuro no puedan renovar el ataque. Cristo ha hecho lo mismo con todos sus enemigos. El viejo Satanás nos había quitado todas nuestras posesiones.

En el Paraíso, Satanás había añadido a sus territorios. Todo el gozo, y la felicidad, y la paz del hombre, Satanás había tomado, no para que él mismo pudiera disfrutarlas, sino que se deleitó en empujarnos a la pobreza y a la condenación.

Ahora todas nuestras herencias perdidas las ha recuperado Cristo para nosotros. El paraíso es nuestro y más que toda la alegría y felicidad que tenía Adán, Cristo nos ha devuelto. Oh ladrón de nuestra raza, ¡cómo estás despojado y llevado cautivo! ¿has despojado a Adán de sus riquezas? ¡El segundo Adán te las ha arrancado! Como el martillo de toda la tierra ha sido cortado y quebrado, y el derrochador ha quedado desolado. Ahora se recordará al necesitado, y de nuevo los mansos heredarán la tierra. "Entonces, se repartirá entonces botín de muchos despojos; los cojos arrebatarán el botín".

Además, cuando los vencedores se reparten el botín, es habitual quitarle al enemigo todos los adornos, las coronas y las joyas. Cristo en la cruz hizo lo mismo con Satanás. Satanás tenía una corona en la cabeza, una altiva diadema de triunfo. "Luché contra el primer Adán", dijo. "Lo vencí, y aquí está mi reluciente diadema". Cristo se la arrebató de la frente en la hora en que magulló la cabeza de la serpiente.

Y ahora Satanás no puede jactarse de una sola victoria, está completamente derrotado. En la primera escaramuza venció a la humanidad, pero en la segunda batalla la humanidad lo venció a él. La corona le ha sido quitada a Satanás. Ya no es el príncipe del pueblo de Dios. Su poder reinante ha desaparecido. Puede tentar, pero no puede obligar, puede amenazar, pero no puede someter, porque la corona ha sido quitada de su cabeza, y los poderosos han sido abatidos.

Cantad al Señor un cántico nuevo, todo su pueblo, alegradle con salmos, todos sus redimidos, porque ha roto las puertas de bronce y ha cortado las barras de hierro, ha quebrado el arco y ha cortado la lanza, ha quemado los carros en el fuego, ha destrozado a nuestros enemigos y ha repartido el botín con los fuertes.

Y ahora, ¿qué nos dice esto? Simplemente esto. Si Cristo en la cruz ha despojado a Satanás, no tengamos miedo de enfrentarnos a este gran enemigo de nuestras almas. Hermanos míos, en todo debemos ser semejantes a Cristo. Debemos llevar nuestra cruz, y en esa cruz debemos luchar como Él lo hizo con el pecado, y la muerte, y el infierno. No temamos. El resultado de la batalla es seguro, pues como el Señor nuestro Salvador ha vencido una vez, así también nosotros venceremos con toda seguridad en Él.

No os asustéis con un miedo repentino cuando el maligno venga sobre vosotros. Si os acusa, respondedle con estas palabras: "¿Quién acusará a los elegidos de Dios?".

Si te condena, riéte de él gritando: "¿Quién es el que condena? Es Cristo el que murió, más aún, el que resucitó".

Si amenaza con separarte del amor de Cristo, enfréntate a él con confianza: "Estoy convencido de que ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa

podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, vuestro Señor". Si te suelta tus pecados, aparta a los perros del infierno con esto: "Si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el Justo".

Si la muerte te amenaza, grita en su propia cara: "¡Oh, tumba! ¿Dónde está tu aguijón? ¡Oh, muerte! ¿Dónde está tu victoria?" Mantén la cruz ante ti. Que sea tu escudo y tu broquel, y ten la seguridad de que, como tu Maestro no sólo derrotó al enemigo, sino que después se llevó el botín, lo mismo sucederá contigo. Tus batallas con Satanás se convertirán en una ventaja para ti. Te enriquecerás con tus antagonistas. Cuanto más numerosos sean, mayor será tu parte del botín.

Vuestra tribulación obrará la paciencia, y vuestra paciencia la experiencia, y vuestra experiencia la esperanza, una esperanza que no os avergonzará. A través de esta gran tribulación heredaréis el reino, y los mismos ataques de Satanás os ayudarán a disfrutar mejor del descanso que le queda al pueblo de Dios.

Poneos en guardia contra el pecado y Satanás. Todos los que tensáis el arco disparad contra ellos, no escatiméis flechas, porque vuestros enemigos son rebeldes a Dios. Subid contra ellos, poned vuestros pies sobre sus cuellos, no temáis, ni os amedrentéis, porque la batalla es del Señor y Él los entregará en vuestras manos. Sed muy valientes, recordando que tenéis que luchar con un dragón sin aguijón. Puede sisear, pero sus dientes están rotos y su colmillo venenoso extraído.

Tienes que luchar con un enemigo ya marcado por las armas de tu Maestro. Tienes que luchar con un enemigo desnudo. Cada golpe que le das le afecta, pues no tiene nada que lo proteja. Cristo lo ha desnudado, y ha dividido su armadura, y lo ha dejado indefenso ante su pueblo.

No tengas miedo, el león puede rugir, pero nunca podrá despedazarte. El enemigo puede precipitarse sobre ti con horribles ruidos y terribles alarmas, pero no hay ninguna razón real para temer. Permanece firme en el Señor. Luchas contra un rey que ha perdido su corona, luchas contra un enemigo cuyos pómulos han sido heridos, y las articulaciones de sus lomos han sido desatadas. Alégrate, alégrate en el día de la batalla, pues no es para ti sino el comienzo de una eternidad de triunfo.

Me he esforzado, pues, en detenerme en la primera parte del texto. Cristo en la cruz dividió el botín, y quiere que nosotros hagamos lo mismo.

**II.** La segunda parte de nuestro texto se refiere no sólo al reparto del botín, sino al **triunfo**. Cuando un general romano había realizado grandes hazañas en un país extranjero, su

mayor recompensa era que el Senado le decretara un triunfo. Por supuesto, se hacía una división del botín en el campo de batalla, y cada soldado y cada capitán tomaba su parte, pero todos los hombres esperaban con entusiasmo el día en que debían disfrutar del triunfo público.

En un día determinado, las puertas de Roma se abrieron de par en par, las casas se engalanaron con adornos, la gente se subió a los tejados de las casas o se agolpó en las calles. Se abrieron las puertas y, poco a poco, la primera legión comenzó a entrar con sus estandartes ondeando y sus trompetas sonando. El pueblo vio a los severos guerreros mientras marchaban por la calle, de regreso de sus campos de batalla rojos como la sangre.

Después de que la mitad del ejército se hubiera ensuciado de este modo, tus ojos se posaban en uno que era el centro de toda la atracción, montado en un noble carro tirado por caballos blancos como la leche, allí venía el conquistador en persona, coronado con la corona de laurel y erguido. Encadenados a su carro iban los reyes y los poderosos de las regiones que había conquistado. Inmediatamente detrás de ellos venía parte del botín. Llevaban el marfil y el ébano, y las bestias de los diferentes países que había sometido.

Después de ellos llegó el resto de la soldadesca, una larga, larga corriente de hombres valientes, todos ellos compartiendo los triunfos de su capitán. Detrás de ellos venían los estandartes, las viejas banderas que habían flotado en la batalla, los estandartes que habían sido tomados del enemigo.

Y tras ellos, grandes emblemas pintados de las grandes victorias de los guerreros. Sobre uno de ellos había un enorme mapa que representaba los ríos que habían cruzado, o los mares a través de los cuales la armada había encontrado su camino. Todo estaba representado en un cuadro, y el populacho daba un nuevo grito al ver el recuerdo de cada triunfo. Y luego, detrás, junto a los trofeos, vendrían los prisioneros de menor rango. Luego se cerraba la retaguardia con el sonido de las trompetas que se sumaba a la aclamación de la multitud.

Fue un día noble para la vieja Roma. Los niños nunca olvidarían esos triunfos, calcularían sus años desde el momento de un triunfo a otro. Se celebraba la fiesta mayor. Las mujeres arrojaban flores ante el conquistador, y éste era el verdadero monarca del día.

Ahora bien, nuestro apóstol evidentemente había visto tal triunfo, o había leído sobre él, y toma esto como una representación de lo que Cristo hizo en la cruz. Dice: "Jesús los exhibió abiertamente, triunfando sobre ellos en ella". ¿Has pensado alguna vez que la cruz podría ser el escenario de un triunfo? La mayoría de los antiguos comentaristas apenas pueden concebir que sea cierto. Dicen: "Esto debe referirse ciertamente a la resurrección y ascensión de Cristo". Pero, sin embargo, así dice la Escritura, incluso en la cruz, Cristo disfrutó de un triunfo.

Sí, mientras esas manos sangraban, las aclamaciones de los ángeles se derramaban sobre su cabeza. Sí, mientras esos pies se rasgaban con los clavos, los espíritus más nobles del mundo se agolpaban en torno a Él con admiración.

Y cuando en esa cruz manchada de sangre murió en agonías indecibles, se oyó un grito como nunca se había oído antes para los rescatados en el cielo, y todos los ángeles de Dios corearon su alabanza con la mayor armonía. Entonces se entonó, en pleno coro, el cántico de Moisés, el siervo de Dios y del Cordero, pues en verdad había cortado a Rahab y herido gravemente al dragón. Cantad al Señor porque ha triunfado gloriosamente. El Señor reinará por los siglos de los siglos, Rey de reyes y Señor de señores.

No me siento capaz, sin embargo, esta mañana, de elaborar una escena tan grandiosa y, sin embargo, tan contraria a todo lo que la carne podría suponer como una imagen de Cristo triunfando realmente en la cruz, en medio de Su sangrado, Sus heridas y Sus dolores, siendo realmente un vencedor triunfante y admirado por todos.

Prefiero tomar mi texto así, la cruz es el terreno del triunfo final de Cristo. Se puede decir que realmente triunfó allí porque fue por ese único acto suyo, esa única ofrenda de sí mismo, que venció completamente a todos sus enemigos, y se sentó para siempre a la diestra de la Majestad en los cielos. En la cruz, para el ojo espiritual, está contenida toda victoria de Cristo. Puede que no esté allí de hecho, pero está allí virtualmente, el germen de Sus glorias puede ser descubierto por el ojo de la fe en las agonías de la cruz.

Tengan paciencia mientras intento humildemente describir el triunfo que ahora resulta de la cruz.

Cristo ha vencido para siempre a todos sus enemigos, y ha repartido el botín en el campo de batalla, y ahora, incluso en este día está disfrutando de la recompensa y el triunfo bien ganados de su temible lucha. Alza tus ojos a las almenas del cielo, la gran metrópolis de Dios. Las puertas perladas están abiertas de par en par, y la ciudad brilla con sus muros enjorjados como una novia preparada para su esposo.

¿Ves a los ángeles agolparse en las almenas? ¿Los observas en cada mansión de la ciudad celestial, deseando y buscando ansiosamente algo que aún no ha llegado?

Por fin, se oye el sonido de una trompeta, y los ángeles se apresuran a las puertas, la vanguardia de los redimidos se acerca a la ciudad. Abel entra solo, vestido de carmesí, el heraldo de un glorioso ejército de mártires. Escuchad el grito de aclamación. Este es el primero de los guerreros de Cristo, a la vez soldado y trofeo, que ha sido liberado.

Pisándole los talones le siguen otros que en aquellos primeros tiempos conocieron la fama

del Salvador venidero. Detrás de ellos, se puede descubrir una poderosa hueste de veteranos patriarcales, que han dado testimonio de la venida del Señor en una época insensible. Ved a Enoc, que todavía camina con su Dios y canta dulcemente: "He aquí que el Señor viene con diez mil de sus santos". Ahí está también Noé, que había navegado en el arca con el Señor como su Piloto.

Luego siguen Abraham, Isaac y Jacob, Moisés, Josué, Samuel y David, todos ellos hombres valientes. Escuchadlos al entrar. Cada uno de ellos, agitando su casco en el aire, grita: "Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, a él sea el honor, la gloria, el dominio y el poder, por los siglos de los siglos".

Mirad, hermanos míos, con admiración a este noble ejército. Observad a los héroes mientras marchan por las calles doradas, encontrando en todas partes una entusiasta bienvenida de los ángeles que han conservado su primer estado. Adelante, adelante, esas innumerables legiones: ¿hubo alguna vez un espectáculo semejante? No es el desfile de un día, sino el "espectáculo" de todos los tiempos. Durante cuatro mil años, el ejército de los redimidos de Cristo sigue fluyendo. A veces hay una fila corta, pues el pueblo ha sido a menudo minado y abatido, pero al poco tiempo le sigue una multitud, y siguen, siguen, siguen, todos gritando, todos alabando a Aquel que los amó y se entregó por ellos.

Pero mira, ¡Él viene! Veo a su heraldo inmediato, vestido con una prenda de pelo de camello y un cinturón de cuero alrededor de sus lomos. El Príncipe de la casa de David no está lejos. Que todos los ojos estén abiertos. Ahora, observen cómo no sólo los ángeles, sino los redimidos se agolpan en las ventanas del cielo. Él viene. ¡Viene! Es Cristo mismo. Atar los corceles blancos como la nieve por las colinas eternas. "Levantad la cabeza, oh puertas, y levantaos, puertas eternas, para que entre el Rey de la gloria".

Mira, Él entra en medio de aclamaciones. Es Él, pero no está coronado de espinas. Es Él, pero, aunque sus manos llevan la cicatriz, ya no están manchadas de sangre. Sus ojos son como una llama de fuego, y en su cabeza hay muchas coronas, y en su vestidura y en su muslo tiene escrito: **Rey de reyes y Señor de señores**. Está en lo alto de ese carro que está "pavimentado de amor por las hijas de Jerusalén". Revestido de una vestidura bañada en sangre, se encuentra confesado como emperador del cielo y de la tierra.

Sigue, sigue cabalgando, y más fuerte que el ruido de muchas aguas y como grandes truenos son las aclamaciones que lo rodean. Vean cómo se hace realidad la visión de Juan, pues ahora podemos ver por nosotros mismos y escuchar con nuestros oídos el nuevo cántico, del que escribe: "Cantaron un nuevo cántico, diciendo: tú eres digno de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado y con tu sangre nos has redimido para Dios de todo linaje, lengua, pueblo y nación; y nos has hecho reyes y sacerdotes para nuestro Dios, y

reinaremos sobre la tierra. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono y de los animales y de los ancianos; y el número de ellos era diez mil veces diez mil, y miles de miles, que decían a gran voz: Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir poder, y riquezas, y sabiduría, y fuerza, y honor, y gloria, y bendición. Y toda criatura que está en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y las que están en el mar, y todas las que están en ellas, me oyeron decir: La bendición, la honra, la gloria y el poder sean para el que está sentado en el trono, y para el Cordero, por los siglos de los siglos. Y las cuatro bestias dijeron: amén. Y los veinticuatro ancianos se postraron y adoraron al que vive por los siglos de los siglos".

Pero, ¿quiénes son los que van a las ruedas de su carro? ¿Quiénes son esos sombríos monstruos que vienen aullando en la retaguardia? Yo los conozco. En primer lugar está el archienemigo. Mira a la vieja serpiente, atada y encadenada, cómo se retuerce a lo largo de su desgarrada longitud; sus matices azules se han empañado al arrastrarse por el polvo, sus escamas han sido despojadas de su otrora célebre brillo. Ahora es llevado cautivo, y la muerte y el infierno serán arrojados al lago de fuego. Con qué escarnio es considerado el jefe de los rebeldes. Cómo se ha convertido en objeto de desprecio eterno. El que está sentado en los cielos se ríe, el Señor se burla de él. Contempla cómo la cabeza de la serpiente es quebrada, y el dragón es pisoteado.

Y ahora mira atentamente a ese horrible monstruo, el Pecado, encadenado de la mano de su satánico sire. Mira cómo hace rodar sus ojos de fuego, marca cómo se retuerce y se retuerce en agonía. Observa cómo mira a la ciudad santa, pero no puede escupir su veneno allí, pues está encadenado y amordazado, y es arrastrado como un cautivo involuntario a las ruedas del vencedor.

Y allí también está la vieja muerte, con sus dardos rotos y sus manos detrás, el sombrío rey de los terrores; él también está cautivo. Escuchen los cantos de los redimidos, de aquellos que han entrado en el Paraíso, cuando ven a estos poderosos prisioneros arrastrados. "Digno es", gritan, "de vivir y reinar al lado de su Padre Todopoderoso, pues ha subido a lo alto, ha llevado cautiva la cautividad y ha recibido dones para los hombres."

Y ahora, detrás de Él, veo llegar a la gran masa de su pueblo. Los apóstoles llegan primero en una buena confraternidad que canta a su Señor, y luego, sus inmediatos sucesores, y después una larga fila de aquellos que, a través de crueles burlas y sangre, a través de la llama y la espada, han seguido a su Maestro. Estos son los que el mundo no era digno, más brillantes entre las estrellas del cielo. Considera también a los poderosos predicadores y confesores de la fe, Crisóstomo, Atanasio, Agustín y otros. Atestigüen su santa unanimidad en la alabanza a su Señor.

Entonces deja que tu ojo recorra las brillantes filas hasta llegar a los días de la Reforma.

Veo en medio del escuadrón a Lutero, Calvino y Zwinglio, tres santos hermanos. Veo justo antes de ellos a Wickliffe, y a Huss, y a Jerónimo de Praga, todos marchando juntos. Y luego veo un número que nadie puede contar, convertido a Dios por medio de estos poderosos reformadores, que ahora siguen en la retaguardia del Rey de reyes y Señor de señores.

Y mirando hacia nuestro propio tiempo, veo la corriente más amplia y ancha. Porque son muchos los soldados que en estos últimos tiempos han entrado en el triunfo de su Maestro. Podemos llorar su ausencia de nosotros, pero debemos alegrarnos de su presencia con el Señor. Pero, ¿cuál es el grito unánime, cuál es el único cántico que aún resuena desde la primera fila hasta la última? Es éste: "Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre, a él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos".

¿Han cambiado la melodía? ¿Han suplantado su nombre por otro? ¿Han puesto la corona en otra cabeza o han elevado a otro héroe al carro? Ah, no, se contentan con dejar que la procesión triunfante recorra su gloriosa longitud, con regocijarse al contemplar nuevos trofeos de Su amor, pues cada soldado es un trofeo, cada guerrero del ejército de Cristo es una prueba más de Su poder para salvar, y de Su victoria sobre la muerte y el infierno.

No tengo tiempo de extenderme más, pues de lo contrario podría describir las poderosas imágenes que se encuentran al final de la procesión, ya que en los antiguos triunfos romanos las hazañas del conquistador se representaban todas en pinturas. Las ciudades que había tomado, los ríos que había pasado, las provincias que había sometido, las batallas que había librado, se representaban en cuadros y se exponían a la vista del pueblo, que con gran fiesta y regocijo, lo acompañaba en tropel, o lo contemplaba desde las ventanas de sus casas, y llenaba el aire con sus aclamaciones y aplausos.

Podría presentarles, en primer lugar, el cuadro de las mazmorras del infierno hechas añicos. Satanás había preparado en las profundidades de las tinieblas una prisión para los elegidos de Dios, pero Cristo no ha dejado piedra sobre piedra. En el cuadro, veo las cadenas rotas en pedazos, las puertas de la prisión quemadas con fuego, y todas las profundidades de la inmensa profundidad sacudidas hasta sus cimientos.

En otro cuadro, veo el cielo abierto a todos los creyentes, veo las puertas que estaban cerradas rápidamente abiertas por la palanca de oro de la expiación de Cristo. En otro cuadro, veo el sepulcro despojado, contemplo a Jesús en él, dormitando por un tiempo, y luego rodando la piedra y resucitando a la inmortalidad y a la gloria. Pero no podemos quedarnos para describir estos poderosos cuadros de las victorias de Su amor.

Sabemos que llegará el momento en que cesará la procesión triunfal, cuando el último de sus redimidos haya entrado en la ciudad de la felicidad y de la alegría, y cuando con el grito

de una trompeta que se oirá por última vez, ascenderá al cielo, y llevará a su pueblo a reinar con Dios, nuestro Padre, por los siglos de los siglos, sin fin.

Nuestra única pregunta, y con ella concluimos, es: ¿tenemos una buena esperanza por la gracia de que marcharemos en esa tremenda procesión? ¿Pasaremos revista en ese día de pompa y gloria? Di, alma mía, ¿tendrás una humilde parte en ese glorioso desfile? ¿Seguirás las ruedas de Su carro? ¿Te unirás a los estruendosos hosannas? ¿Ayudará tu voz a engrosar el coro eterno?

A veces temo que no sea así. Hay momentos en los que surge la terrible pregunta: ¿qué pasaría si mi nombre fuera omitido cuando Él leyera la lista de reclutamiento? Hermanos, ¿no les preocupa ese pensamiento? Pero, sin embargo, vuelvo a plantear la pregunta. ¿Pueden responderla? ¿Estarán allí? ¿Verán esta pompa? ¿Lo verán triunfar por fin sobre el pecado, la muerte y el infierno? ¿Pueden responder a esta pregunta?

Hay otra, pero la respuesta servirá para ambas: ¿crees en el Señor Jesucristo? ¿Es Él tu confianza y tu seguridad? ¿Has confiado tu alma a Su custodia? Al confiar en Su poder, ¿puedes decir por tu espíritu inmortal...

***"No tengo otro refugio,  
se aferra mi alma indefensa en Ti"?***

Si pueden decir eso, sus ojos lo verán en el día de Su gloria, es más, compartirán Su gloria, y se sentarán con Él en Su trono, así como Él ha vencido y se ha sentado con Su Padre en Su trono. Me ruboriza predicar como lo he hecho esta mañana sobre un tema que está más allá de mi poder; sin embargo, no podía dejarlo sin cantar, sino cantarlo lo mejor posible.

Que Dios engrandezca vuestra fe, fortalezca vuestra esperanza, inflame vuestro amor y os prepare para ser partícipes de la herencia de los santos en la luz, para que cuando Él venga con nubes voladoras en alas de viento, estéis preparados para recibirle y podáis ascender con Él para contemplar eternamente la visión de su gloria.

Que Dios conceda esta bendición, por Cristo. Amén.